

¿Se puede aún hablar de poder espiritual? (Segunda parte)*

Michel Serres

Traducción del francés al español de

Luis Alfonso Paláu-Castaño

Universidad Nacional de Colombia, Medellín, Colombia
laPalau@une.net.co

Matemática de invariantes por variación

Esperando esos días felices y ese saber inteligente, puedo añadir —siguiendo siempre las intervenciones del libro— a la comparación entre sistemas culturales (modelizada por Giovanni Levi sobre textos, palabras y cartas) algunas ideas que le son familiares a los matemáticos. Cuando desean entregarse a ese tipo de relacionamientos, les evocan relaciones evidentes a los principiantes, término a término, como la homotecia, la similitud o el equilibrio mecánico de dos pesos iguales sostenidos por brazos de balanza de la misma longitud. Para descubrir equivalencias cada vez más complejas, buscan entonces operaciones que conecten elementos o subconjuntos que, en cada sistema, no tienen ni el mismo sitio ni la misma función. Por ejemplo, les es suficiente multiplicar la longitud de los brazos por el peso que sostienen para alcanzar (a pesar de la asimetría) el equilibrio; mientras más rápido gire el trompo, más recto permanece en su punta; de este modo el compás giroscópico indica el Norte. Estas son invariantes por variación. Cualquiera sea la destreza que demande esta búsqueda, frecuentemente encanta el descubrimiento de lo estable en lo inestable.

Si usted compara, por ejemplo, la manera de manejar de los automovilistas en Francia y en los Estados Unidos, pronto llegará a lo que Isabelle Stengers llama, con justa razón, un insulto. Atroz para uno de los países, la comparación pierde sentido, por grande que aparezca la diferencia. No, usted nunca logrará sentar juntos en la misma mesa a estas dos familias de conductores. Plantéese

* Cómo citar: Serres, M. (2019). ¿Se puede aún hablar de poder espiritual? (Segunda parte). *Ciencias Sociales y Educación*, 8(15), 235-253. DOI: <https://doi.org/10.22395/csye.v8n15a12>

Agradecemos a *Crítique* por posibilitar la publicación de la traducción al español del texto del filósofo e historiador de las ciencias, Michel Serres. La traducción la realizó el profesor Luis Alfonso Paláu-Castaño en julio del 2011 y se publica por vez primera en la presente edición de la revista (nota del editor).

Recibido: 15 de febrero de 2019.

Aprobado: 5 de abril de 2019.

entonces una pregunta que, a simple vista, tiene menor evidencia inmediata para esta investigación; por ejemplo: ¿cómo les gusta suicidarse a los habitantes de estos dos países? La respuesta hace aparecer una invariante interesante: por su lado, los franceses utilizan para matarse ellos mismos y entre sí, su automóvil y, por qué no, el de los otros; mientras que los estadounidenses prefieren, con el mismo objetivo y con una eficacia semejante, un derecho al porte de armas personales. Logrará entonces cifras cuyo paralelo toma sentido.

Aquellos cuyo oficio consiste en meterse en el uso y el espíritu de otra cultura (los diplomáticos, por ejemplo) hay que formarlos pues en el estudio de invariantes integrales.

Escritura: cuatro simetrías

Prosigo. Nada más apasionante que la intervención de Derrick de Kerckhove que, ayudándose con técnicas de transmisión oral o escrita, traza un camino preciso entre lo cognitivo (tal como lo puede aclarar la fisiología de los dos lóbulos del cerebro) y el colectivo (que esos códigos condicionan). Hay una coherencia rara vez apercebida que conduce, de nuevo, a la búsqueda de invariantes por variación. Un zurdo contrariado como yo repercute, en efecto fuertemente, el sentido a lo largo del cual se desenvuelve el escrito, sentido que ordena y opone, por ejemplo, las culturas semíticas y las indoeuropeas.

Dicho esto, veo cuatro simetrías que resultan de esas direcciones divergentes. La primera se despliega sobre el nombre de Jesús-cristo, cuyo primer nombre, hebreo, arameo, se escribe pues de derecha a izquierda, y el segundo, griego, de izquierda a derecha. El guion que los conecta puentea un abanico. Haciendo puente ya sobre dos naturalezas, divina y humana, Jesús-cristo une dos culturas, dos maneras de ver el mundo, dos civilizaciones, dos relatos, dos historias, dos maneras cognitivas... El rey que reinaba en su época sobre los judíos solo se llamaba Herodes. Contrariamente a lo que hicieron los celotas, este último había adoptado las costumbres de los poderosos, invirtiendo el sentido de su propia escritura. Siendo más simétrico, el cristianismo ha traducido el mensaje monoteísta de Abraham, puramente semita, relatado, recitado siguiendo la serie temporal que se conoce, al código politeísta greco-latino, más abstracto, formal y figurado; yo había percibido la luz de ese cortocircuito, pero no todavía su intensidad. De repente, nuestra civilización nace semítico-indo-europea.

Regresa una segunda vez cuando René Descartes simetriza de nuevo la figuración geométrica griega y el discurso formal del álgebra árabe; su invención de la geometría algébrica en el siglo XVII da un recurso nuevo a este cortocircuito, escrito y religioso primero, calculado, figurado, transcrito y

científico luego; en todo caso fértil. De hecho, la red de coordenadas cartesianas funciona como una especie de teclado. Ciertamente, Descartes inventó una tabla de traducción de las figuras del espacio con dos o tres dimensiones en un discurso lineal y secuencial, pero ese género de tabla lo conocen ya los músicos concretamente y no cesarán de practicarla a lo largo del tiempo. Los pentagramas de la escritura musical hacen bien en desfilarse a la manera indo-europea, de izquierda a derecha; pero tenemos que, para el teclado de piano o una caja de órgano, incluso para el rasgado de cuerdas y el mantenimiento del arco, incluso para los golpes dados a las percusiones... las dos manos se completan simetrizando —o no— sus gestos. Ninguna tiene expresamente la preeminencia, puesto que aquí, allá, y a veces, para intercambiar la melodía y el acompañamiento, deben cruzarse. De súbito, y de nuevo, incluso si en la pantalla la escritura o la impresión corren de izquierda a derecha, es preciso claramente que mis dos manos trabajen simétricamente sobre el teclado de la máquina de escribir o del computador, como sobre las teclas del piano. La informática entera y las nuevas tecnologías dan una tercera salida a la mencionada simetría.

Nuestra civilización está volviendo, además, a trabajar la llamada simetría cuando el siglo XVII anti cartesiano retoma la tradición del cálculo contra la de la geometría. Inventores de la máquina para *calcular*, Leibniz y Pascal juntos inventan el *Cálculo* diferencial y el *Cálculo* de probabilidades. Antes de la invención que yo llamo, más bien, de ahora en adelante indo-europea, de la geometría por los griegos, reinaba bien precisamente el cálculo, más bien de cultura semítica entre los babilonios, por ejemplo. Desde el siglo V antes de Cristo, la primera y sus demostraciones recubrirán (hasta hacerla casi desaparecer) al segundo y sus procedimientos de algoritmos. En la época clásica, estos últimos vuelven a emerger, con sus dos cálculos, del infinito y del azar. Ahora bien, ellos dominan de acá en adelante, con nuestros computadores y la informática. Como (de nacimiento griega) la filosofía sucede a la invención de la Geometría y privilegia (por ello mismo) la razón y sus demostraciones, ocultando a sus predecesores (el pequeño esclavo del *Menón* o el algoritmo de Euclides)... ahora quiero preguntar: ¿qué perfil hubiera adoptado ella si el pensamiento algorítmico hubiera impuesto el cálculo más bien que las figuras, y el conteo en detrimento de la deducción? Para resolver tal pregunta, Leibniz decía *calculemus*. Ahora bien, llegó el momento de la llamada simetría; equilibramos en nuestras prácticas y nuestras cabezas la eficacia del razonamiento y el de la combinatoria. A esta nueva (aunque antigua) simetría cognitiva debe corresponder una redefinición de la filosofía. La espero y me ensayo en ella.

Desde nuestra antigüedad, desde también el primer siglo de nuestra era, nuestro occidente trabaja ciegamente en una complementariedad que gusto-

samente llamo declarativa-procedimental, cuyo cortocircuito hoy condiciona una cierta renovación que toca nuestras religiones, nuestras ciencias, nuestras prácticas y nuestras artes. ¿Por qué no nuestra política? Lo cree un zurdo contrariado que tiene un apellido anfídromo «Serres / serreS».

Mi y nuestro pasaje del naturalismo al analogismo

Dejé para el final la intervención de Philippe Descola, porque con el mismo mérito y más que los precedentes, me afecta personalmente hasta la avidez. Venido de una distribución original de los elementos que opone el dualismo alma-cuerpo, su clasificación: naturalismo, totemismo, animismo, analogismo, suscita, de parte de los interlocutores de Venecia, preguntas sobre el rendimiento y la fecundidad de sus clases. En cuanto a mí, ellas me permiten volver a leer la historia de la filosofía occidental bajo una intensa luz, en particular a los autores que mi vida de trabajo encontró; por esto es un reexamen de consciencia que emprendo aquí con un placer extremo.

Una pregunta de paso: ¿Occidente se puso en disposición de comprender las otras culturas porque alzó velas en sus puertos y se lanzó en cien pláticas del mundo o porque sus filosofías visitaron a su antojo esas cuatro ontologías posibles y, dejándole la elección, les abrirán así a otras visiones del universo? Mil gracias reconocidas a Philippe Descola por haberme hecho ver, aunque tarde, en mi propia cultura y, más íntimamente, en mis propios trabajos, esas visitas de antropología a los totemistas, animistas, naturalistas y analogistas. Sin saberlo y sin abandonar las lenguas de Occidente, yo había hecho (con ellas y para ellas) la vuelta al mundo de los otros. Volveré luego sobre este punto, bastante sensible a mi manera de ver.

Para comenzar, estoy de acuerdo en que nuestros autores *animistas*, los estoicos o Bergson, dejan (tras su evocación) una especie de tautología que no abre a ningún desarrollo posible; no iremos más lejos del impulso vital ni más allá del alma del mundo. Al no costar mucho, estas amplias síntesis no reportan gran cosa.

Por otra parte, creemos vivir finalmente bajo el reino del *naturalismo*. A un exterior universalmente sometido a leyes duras, le oponemos en efecto culturas suaves, originales y variadas. Auguste Comte, por ejemplo, dice que hemos llegado hasta aquí luego de haber encadenado tres estados en los que la intuición del positivista historiza, rápido y enunciándolos bastante mal, algunas de las clases de Philippe Descola. ¿Desde hace cuánto tiempo esta "ontología" se impuso en nuestras latitudes? ¿Desde el Demiurgo del *Timeo*? ¿Luego de Lucrecio o Galileo? ¿Con posterioridad a Descartes y sus animales máquinas?

¿En seguida de la época de las Luces? ¿Después del cientificismo, después del propio positivismo? ¿Desde que, con miras a administrar las sociedades humanas, abandonamos el “derecho natural” por “los derechos positivos”? En todo caso, no lo hemos practicado siempre; seguramente desde ayer, pero antes ensayábamos otras opciones, el animismo, por ejemplo.

Además, nos salimos de él no solamente porque *volens nolens* hemos ya firmado un *contrato natural* que hace porosa la barrera entre naturaleza y culturas, sino sobre todo porque la explosión en cantidad de información y cualidad pasajera de las ciencias duras acaba de llenar el universo, el mundo, la tierra y los vivientes de singularidades; cielo, planeta y especies están repletas hoy de islas casi irreductibles. Mientras que la diferencia pasaba hace poco por el concepto clave de las ciencias humanas, hoy se impone *el paisaje de las ciencias* y el Gran Relato contingente que lo despliega, y con mucho, sobre alguna esperanza de sistema o incluso de enciclopedia. Desde hace algunas décadas hemos abandonado el naturalismo, mayoritario en efecto desde las fechas aquí atrás evocadas, como hemos dejado la historia para volcarnos al Gran Relato, como también salimos de la modernidad reciente, un paréntesis a punto de cerrarse.

Regresamos pues, con los beneficios inesperados de un pluralismo innumerable y de infinitas metamorfosis cualitativas, a un *analogismo* cuyo perfil se parece (aunque de lejos) al que habíamos gozado antaño con Aristóteles (al que conozco mal) y más recientemente con Leibniz (al que conozco mejor) y cuyas mónadas anunciaron poderosamente muchos saberes y prácticas contemporáneas que conciernen a las mencionadas singularidades. Actualmente, por ejemplo, y de nuevo fundamental, la cuestión del enlace entre la física cuántica y la relatividad general vuelve a lanzar la que trató de puentear —en las culturas de la analogía— el micro y el macrocosmos, las mónadas y la monadología. Además, henos de acá en adelante frente a miríadas oceánicas de archipiélagos esparcidos de los que no sabemos cómo asociarlos, ante un tsunami de información del que no sabemos dominar el gigantismo. ¿Qué idea global, qué Dios ordenador, qué ontología... qué teoría unitaria... qué computador cuántico... qué tirano monstruoso... lograrán reunir esta diseminación cuantitativa y cualitativa sin límite? ¿Cómo, dónde y en qué lengua convocar esta asamblea de asambleas?

Mi y nuestro totemismo: la Fontaine revisitado

Hasta esta línea, acabo de visitar solo ideas públicas o publicadas por mí. Lucrecio y Auguste Comte, Leibniz y Bergson, el comienzo del siglo XX en París,

la historia de las ciencias occidentales y su epistemología... acompañarán mis estudios y sus pasajes suntuosos entre animismo, naturalismo y analogismo. Ahora, voy a hacer una confesión: nunca me resolví a publicar mi libro sobre La Fontaine. Desde hace cuarenta años él me frecuenta; lo escribo, lo dejo, febrilmente lo redacto y fríamente lo olvido; de entusiasmo lo retomo y de despecho lo abandono; aferrado a mis polainas me apasiona y me desespera, nunca he sabido por qué; de él y en él, tiemblo de placer y de incomprensión. Tuve que esperar a leer esas páginas mágicas, sí, verdaderamente confraternas, para comprender por fin mi viejo *collage* con *Las Fábulas*, mis viejos tics de *totemismo*. Después de casi medio siglo consideraré esos pequeños haikús o teoremas poéticos como uno de los testamentos más arcaicos de nuestra área cultural que se remontan del Fedro latino al Esopo frigio, y de aquel a los relatos indo-europeos del *Pachatantra* o semíticos del *Abiqar* asirio, hasta los comienzos de la escritura y aún más allá. Escapando finamente de las empresas estériles de la historia literaria, tenemos acá el más puro resto en nuestras tradiciones de la ontología que Philippe Descola llama totemismo. No solamente que lobo, cordero, cigarra u hormiga cayeran en especies categoriales, sino (como él lo indica) porque ellas designan, al mismo tiempo que a grupos de vivientes, cualidades abstractas como la avaricia y el descuido, lo cruel y lo ingenuo.

Un mundo analógico (ciertamente el antiguo), pero para nosotros el nuevo, el que acaba de emerger hoy, ¿buscaría siempre un punto fijo, una invariante que podría unificar o, al menos, armonizar un conjunto de acá en adelante desesperadamente innumerable, no solamente altamente diferenciado en el dominio de las culturas humanas, sino de un orden de grandeza astronómico en el de los saberes duros? Los interlocutores de Philippe Descola dudan en Venecia de designar demasiado pronto una solución fácil, formal, grandilocuente, inútil en todo caso, para una tal sinopsis. El tiempo del concepto hueco y sonoro ha vivido. Tienen razón, ellos tienen sobre todo razón en tomar las cosas por lo menudo, lo concreto, el detalle con el que nos ensartamos en lucha en tiempo real, en lo cotidiano. ¿Y si para permanecerle fiel al menos por provisión, dejáramos (en ausencia de toda bóveda) esta búsqueda inquieta de un fundamento, de unas bases, para escrutar de nuevo y desde abajo las especificidades, las mónadas como tales? ¿Y si el secreto de nuestro nuevo universo se encontrase en su nicho en interrogaciones simples sobre las singularidades? Simplistas, ingenuas, casi infantiles. No tengo vergüenza de mi *collage* fabuloso.

Veamos. ¿Cómo mis queridos fabulistas convocan con frecuencia en torno a una mesa donde algunas veces se come, donde otras veces no se puede comer, donde puede ocurrir que unos devoren alegremente a los otros... vivientes

de flora, de fauna y de objetos inertes tan disparatados como un león, una cabra, un estómago, glándulas, un cántaro para leche...? Mejor aún, ¿alguna vez habremos comprendido por qué (porque se llama león), el león pretende quitarle todas las partes al ciervo, atrapado en la caza, a la ternera, a la cabra y a la oveja, sabiendo como sabemos que nunca ha tenido la más mínima gana de devorar ninguna de esas presas? ¿A qué mesa se pueden sentar especies que no comen ni siquiera nada en común? Se diría que *Las Fábulas* expresan, formulan las cuestiones de Venecia. ¿Cómo hacer hablar a esos animales y a esas cosas juntas, también con una joven viuda o una montaña que da a luz...? ¿En qué lengua pueden dialogar esos aulladores, estos ladradores, aquellos aguacates y esos mudos? Sí, ¿qué le dice la encina al junco, un leñador a la Muerte, la estatuaría a su mármol, mesa o cubeta, el aldeano a la serpiente, y Filemón a Baucis, y los dos a dioses disfrazados de manantiales en el momento de morir y de transformarse en árboles? Creo recordar de mi infancia campesina, cuando no me hubiera parecido para nada tonto pretender que un sub-lenguaje, que una pre-lengua, que un común dialecto... unían animales domésticos y salvajes, plantas y árboles, granjeros y sepultureros, dioses de mármol y jarra de leche... Oigo de repente a La Fontaine buscar hace poco, en el Gran Siglo, como lo hicieron antaño Esopo, Pilpay, Abiqar y sus predecesores en las tradiciones orales, al menos desde la aurora del neolítico, donde dejan de vagabundear los cazadores-recolectores ante el acontecimiento de la domesticación... buscar (digo) plantearse las cuestiones que en 2004 bajo la bóveda de San Giorgio, debaten juntos en lenguas diferentes esos grandes filósofos, sociólogos, historiadores y lingüistas, cada uno de ellos espécimen en su especie de especialista.

¿Dominaba el propio La Fontaine estas cuestiones puesto que le hace objeciones *animistas* al *naturalismo* de Descartes y a sus animales máquinas, a propósito de las perdices que protegen a sus polluelos y del alma de las bestias? Pero el río *totemista* donde se baña —cuya fuente fabulosamente arcaica se remonta más atrás de los comienzos de la escritura— y cuyo oleaje viene a lamer sus orillas, y ahora las mías, ese río nos arrastra en sus aguas a mis contemporáneos de Venecia y a mí, y quizás nos ayude a tratar las grandes cuestiones, angustiantes mientras tanto, que impone nuestra entrada en la era *analógica*. Sí, ¿qué pueden decir el perro a su sombra, la Muerte al moribundo, los cuánticos a los relativistas, los humanitarios a los capitalistas, Bush a Ben Laden, los anti mundialistas a Davos, los sintecho a la izquierda caviar, Putin a los chechenos y la humanidad al clima? Y yo, enamorado desesperado, ¿a una amiga que no comprende mi lengua? ¿De qué fabulosa forma tallar la mesa donde se los va a sentar al menos a beber y a negociar en el mejor de los casos? Finalmente, entreveo el comedero de *Las Fábulas*, como vería pasar la mesa

santa de la Cena... ¿a qué mesa, en efecto, convocar especies tan dispares? Lo dije hace poco; ¿a aquella en la que se come? Si todas las bocas no siempre se expresan, y si cuando lo hacen no forzosamente hablan la misma lengua, y cuando lo hacen manifiestan muy rara vez el mismo sentido, en cambio todas, cualquiera sea su especie, comen por todas partes y siempre. Comen o se abstienen cigarra y hormiga, cuervo y zorro; beben o no, zorro y cigüeña; se comen los unos a los otros león, ciervo, lobo y cordero... se emborrachan en otro lado los esclavos de Plauto, de los que uno le dice con miedo a su compañero de farra un inmenso *cogito* nunca citado: *Ego sum tú, tú es ego*, me cambio en ti, tú te transformas en mí. Beben y comen los animales que se metamorfosean los unos en los otros; beben *Los Compañeros de Ulises* en la mesa de Circe, antes de volverse cerdos; beben y comen los apóstoles con el Señor de la Cena que sabe transubstanciar pan y vino en carne y sangre. Los humanos se metamorfosean en animales y entre ellos; los animales, los vegetales se cambian en mujeres y hombres. Las palabras comienzan por cuerpos.

Pero prometí regresar sobre la pluralidad de las “ontologías” en nuestra tradición occidental, abigarrada con las cuatro opciones de Philippe Descola. He dicho que, sin duda, esas diversas manchas en nuestra piel de leopardo nos permiten adaptarnos a otras culturas y comprenderlas. Además, no nos supongo tan excepcionales como para imaginar que otras culturas, ellas tampoco, son solo y exclusivamente analógicas, totemistas o animistas y que ellas comportan también manchas en su piel de pantera y que a su rasgo dominante asocian trazas de esas referencias diferentes. No lo sé, lo supongo.

Pero yo sé seguramente que, como singularidad que piensa a veces, individuo emocionado a menudo, enamorado, imaginativo, razonador, pragmático, loco, realista, extático, desesperado... reconozco en mí los colores y los contornos de las mencionadas manchas y que, según el día, el deseo, la ocasión, la hierba tierna y el Diablo también me empujan, me siento naturalista, animista, analogista o totemista, totemista sobre todo cuando leo o recito a La Fontaine, mi constante tentación; que esas manchas me permitan comprender las culturas colectivas, como a las mujeres y a los hombres individuales, adornados distributivamente con esas diferentes referencias. Por otra parte, supongo que no soy tan excepcional, por tanto, que otros individuos llevan también manchas de este género sobre su piel de tigre; cuando no están adheridos a un dogmatismo enervado, creo incluso haberlas percibido.

También lo noto en *Las Fábulas*. Por lo demás, tomo la imagen de la mancha de la fábula del *mono* y del *leopardo*. En cuanto al lobo y al perro, dialogan tan bien porque se preparan así para metamorfosearse el uno en el otro, como *Los Compañeros de Ulises* en marranos y otras especies de todas *Las Fábulas*. Y

el lobo se vuelve perro y el perro se vuelve lobo, uno domesticándose, el otro volviéndose cimarrón. De donde proviene que el secreto de lo fabuloso yace en las *Metamorfosis* que Ovidio vigila su realización. Cómo los humanos se vuelven animales, es un asunto de moral; cómo los animales se vuelven humanos, larga historia de hominización.

Pero de nuevo ¿cómo transformarse así? Como acabo de decirlo, porque llevamos en nosotros marcas, trazas, manchas de alteridad donde se anclan, donde comienzan los llamados cambios; variados, atigrados, matizados... en parte somos ya otros. Filemón y Baucis ya viran a la arborescencia; con hambre tenemos al lobo ya perro; sediento de libertad, tenemos al perro ya lobo... Y porque pueden transformarse los unos en los otros, tener relación los unos con los otros, antes incluso de hablar; ellos co-nacen**, nacen complementariamente, nacen recíprocamente, contraen entre ellos un pacto de renacimiento, una especie de *contrato natural*, queriendo decir con esta última expresión, mejor aún, este renacimiento decidido juntos. Todos abigarrados como tigre, pantera o leopardo, tienen relación de mancha a mancha, de marca a marca; cada una de esas huellas rodea el pie donde se enraíza una *valencia*, el lugar en el que la relación con el otro se enchufa. Las mónadas se parecen a los átomos, lanzan valencias; se parecen a las neuronas, irradian dendritas; tenemos relaciones a imagen de las sinapsis.

Naturalista de ejercicio, de saber, de formación, tenía en mí suficiente de *analogista* como para visitar el pensamiento de Leibniz y luego comprender las novedades de las ciencias contemporáneas, emergencias vecinas, por su número y su pluralidad cualitativa, del mundo humano que buscamos pacificar... sí, llevaba conmigo valencias de analogía; pero también lancé claramente una *valencia de totemismo*, cuyo brazo hesitaba, vibraba, no se atrevía a lanzarse, que lo encontraba arcaico. Sí, tenía un poco de vergüenza de ese pasado campesino que me empujaba a pensar a la vez el *contrato natural* —esa otra manera de decir co-nacer— y a leer a Fedro, Esopo y La Fontaine, en quienes sentía el poder *encantador* de emanciparnos de nuestras dificultades del habla. Sí, al entregarlos a encantamientos, los fabulistas hacen hablar a los vivos y a las cosas cuyas palabras, sin esos éxtasis, se estrangularían, se atestarían.

Si parezco abandonar un poco al Descola de las cuatro clases, me reencuentro a sus lados, en Venecia, en el Palacio Cini, para solicitarle a sus interlocutores que revisiten, a su vez y a nuevos costos, un mundo que no cesa de encantarme, donde se escucha precisamente una extraña palabra que circula, fácilmente y por milagro, entre león y mosquito, serpiente y lima, ostra y pleitista... *una palabra totémica a la que se resiste el científico no suficientemente sabio como*

** Co-naître, traduzco co-nacer, pero no se debe olvidar la homofonía del *connaître*, conocer. Nota del traductor.

para escapar al naturalismo, pero a la que se apresta a ceder el científico suficientemente sabio para volverse analogista.

Antes de que la invención de la escritura cierre sobre sí mismas a las culturas, sino unidas, al menos traducibles ¿qué pasó pues en el mundo, en esos tiempos inmemoriales, como para que se reporte allí la existencia, la emergencia, incluso el sueño (como dirían los aborígenes de Australia), como para que se fabule allá sobre la esperanza, las tonalidades, el canto, la música... de un lenguaje común de esos seres disparatados?

¿Y qué acontece en la actualidad en el mundo, cuando el nuevo soporte de la red nos conecta a todos? ¿qué ocurrió el año pasado en Venecia como para que se haya retomado la misma cuestión, y que allí se sueñe de nuevo, sin demasiada esperanza ni proyecto, en una tal lengua común? Aquello con lo que soñáis, oh filósofos contemporáneos, ¿lo cantaron los Fabulistas del pasado?

¿Decía la red? Trémulo por el recuerdo encantado de las ideas de infancia, reencuentro *la red de Penélope* cuyos almocárabes me permiten, en efecto, desde mis primeros pasos en el universo analógico de Leibniz, conectar juntas las mónadas por *puntos, estrellas y caminos*, contrariamente a las decisiones del filósofo que solo las asociaba en Dios. Sí, el universo se parece a un gigantesco enrejado, altamente diferenciado, donde algunas islas bien densas llevan y lanzan bosques de valencias a mil y mil ramificaciones con las que se conectan mejor y poderosamente con las otras —ricas en mundo, diría Heidegger— y donde otros, más pobres se conectan débilmente y menos. Aquí y allá, tenemos la tenuidad de hilos raros, mientras que acá y allá se traslapan ramas y ramificaciones interconectadas hasta la opacidad... Cada cosa, cada individuo, cada viviente, cada especie, cada cultura comporta tales pseudópodos para ligarse así. *Todos irradiamos de valencias. El valor de cada uno depende de sus valencias, de sus multivalencias. ¿Podremos imaginar omnivalencias o totipotencias, islas de las que brotarían todas las valencias imaginables?*

En los tiempos del sueño, para los aborígenes de Australia, las entidades que surgen de la tierra y dejan tras de sí las fuentes de todas las cosas, me parecen así totipotencias; la omnipotencia del Dios de nuestros monoteísmos irradia así. Además, concebimos, creamos, observamos, descubrimos muchas de esas omnivalencias... en la realidad física —la luz, las ondas—, en la estética —los tonos, la música, lo blanco—, en los juegos y las prácticas —el dominó blanco y el dinero—, en lo abstracto o lo cognitivo —las formalidades del álgebra o de la geometría—, en fin, en el viviente —las células madre—... Yo mismo y lo humano, la filosofía y yo mismo, buscamos esta totipotencia. Buscamos conexiones universales en lo real o lo virtual. Heme pues decidiendo;

trataré en otra parte de hablar de esas omnivalencias: del blanco, del dinero, del sonido, de la música...

Finalmente ¿me atreveré a decir que la estructura de los organismos y, en particular de los sistemas nerviosos y de los cerebros, han tomado *esta forma hiperconectada de mundo* para imitarlo o adaptarse a él, o (a fuerza así del co-nacer o/y conocer) *han evolucionado metamorfoseándose* en esta forma hiperconectada de mundo?

Pero, de repente pienso: estas *fábulas* que relatan cómo humanos, animales, plantas y cosas del mundo... se asocian en comunidad de discurso ¿no hacen parte también ellas de las tentativas de domesticación que evocaba hace un rato? ¿No se trata del sueño, estrictamente fabuloso, de domesticar todo lo que existe sobre la tierra y bajo el cielo y de hacer hablar en conjunto todo este mundo bello? He escuchado una extraña interferencia de palabra entre, por una parte, las clases antropológicas de Philippe Descola (que por mi esmero derivan del naturalismo hacia el analogismo, y por ahí hacia el totemismo) y, por la otra, las estufas «serres» de Peter Sloterdijk, condicionadas entre las granjas arcaicas, de tibia humareda, y el efecto invernal «l'effet de serre». ¿Rejuveneceremos la política recurriendo a La Fontaine y a los aborígenes australianos para que nos auxilien en la administración del Parque?

Si tomamos en serio *Las Fábulas* se observa, en efecto, que ellas cuentan lo inverso de las primeras domesticaciones y anuncian inmediatamente la última, es decir, la política en el sentido nuevo del *contrato natural*. Animales, plantas y hombres se difunden por todas partes y libremente viven, hablan y deciden juntos... como en Yosemite, en Yellowstone o en el Parque Nacional de los Pirineos.

¿Cómo pues regular nuestros sueños políticos? Por medio de tres tipos de utopías: religiosas, como el Pesebre, la Cena o Pentecostés; otras, literarias y antropológicas, como *Las Fábulas*; y más concretas, estas últimas sirven incluso de modelos para nuestras *eutopías*.

Mi animismo y el nuestro

He dejado de lado el animismo y su calderón suspendido. Los dos elementos primitivos a partir de los cuales Philippe Descola compone sus clases comportan la fisicalidad, por una parte, y la interioridad por la otra. Esta última ¿ya no enraíza el animismo en el individuo? *We are all born dualists*, se dice. Si tengo un alma, entonces mi cuerpo nació animista y lo permanece hasta su muerte, cuando esa alma vuela. El autor no le pone misterio al asunto y reencuentra este rasgo en todas las culturas. De repente, el animismo alargaría, integraría

de alguna manera este dualismo individual a nivel de las sociedades como al del mundo; por esto el espíritu del tiempo, de las leyes, de las ciencias... el alma del mundo magnificaría la de los vivientes singulares. El viento del que hablaba antes sopla siempre en esas palabras mágicas. ¿No reencontramos acá el poder espiritual del que hemos partido?

Hablar bajo la metáfora de la atmósfera —otra vez el aire, otra vez el sopló— esto conduce al animismo: *anemos*, el viento, *anima*, el alma... o al poder espiritual; espíritu ¿respiración? Amigos de Venecia ¿no vais a caer en la impotencia improductiva que anotabais aquí, paralela por ejemplo a la del vitalismo que, en biología, explicando la vida por la vida se encierra en tautología? Pues sí, inunca iremos más lejos que el impulso vital ni más allá del alma del mundo! Pero ¿iremos más lejos que la atmósfera? Que digamos aire, alma o espiritual, siempre estamos mezclando viento; excepto que al decir atmósfera más bien que alma, lo confesamos expresamente. ¿Será necesario pues abandonar estos conceptos vacíos y estas metáforas ventiladas?

Sin embargo, confesémoslo, estas imágenes aéreas, esos soplos sin consistencia, todas las culturas conocidas le han admitido su realidad; mejor aún, ese viento las empuja al punto que, bajo su arrastre, ellas erigen templos, zigurats, pirámides egipcias o aztecas, catedrales. *¿Cómo de ese suave viento nacieron esos muros duros?* Sin contar lo que Proust llama las almas inmateriales que hacen renacer Combray, plaza, casas y calles, del gusto y del olor de una taza de té. *¿Cómo de lo duro emanan recuerdos suaves?* *¿Cómo ocurre que experiencias personales o sociales, íntimas o públicas, también constantes, que producen piedras tan densas o lugares tan precisos... solo se puedan expresar por un concepto tan vacío como el viento?* *¿Cómo hablar del alma, que Philippe Descola llama con pudor intencionalidad, cómo decir el animismo en cultura o el poder espiritual en política?* Regresa la misma pregunta.

Ciertamente, el naturalismo desarrolla y crea conceptos, abre a la ciencia, enciende nuestras luces; seguramente el analogismo, además, se impone cuando las singularidades pululan, como lo hacen en la actualidad; en fin, con toda certeza el totemismo nos seduce como un encantamiento amable, o como un llamado de los invitados a la mesa buscada por la asamblea de Venecia. Pero no, decididamente, lo que busca esta asamblea (lejos de las tres elecciones precedentes) lo llama atmósfera, es decir, precisamente el alma del animismo; todo ocurre como si quisiese la atmósfera, pero con la condición ide que no sea viento! Lo que busca se parece pues extrañamente a aquello que para nada quiere, a ese concepto vacío, a esa imagen sin rigor, sí, al aliento.

Ahora bien, repitémoslo, el animismo no crea ni desarrolla ningún concepto; permanece inmóvil en una tautología vaga, inútil, repetitiva. Y, sin embargo,

su viento, a menudo ardiente, empuja a construir palacios, tribunales, incluso ciudades, iglesias y puertos, reúne muchedumbres innumerables, mueve vidas admirables, de científicos y de santos, perpetra, también, crímenes abominables, en suma: inflama a los hombres, arrastra las sociedades, desencadena la historia... Frente a estos tornados, ¿qué diría el viento sin fuerza y sus soplos sin potencia? Inexplicablemente, él crea, destruye, arrastra, entusiasmo... desencadena, a veces, pasiones políticas... ¿Cómo explicar esto?

Una vez más La Fontaine relata que Demades, orador antiguo, hablaba un día a sus conciudadanos de Atenas, como no prestaban mucha atención a su discurso, pidió que le permitieran contar una fábula de Esopo. Concedida la demanda, empezó de este modo:

—Deméter, la golondrina y la anguila viajaban juntas un día; llegaron a la orilla de un río; la golondrina se elevó en el aire, la anguila desapareció en las aguas... -y aquí se detuvo el orador.

—Y Deméter... -le gritaron-. ¿Qué hizo?

—Deméter se encolerizó contra vosotros, replicó, porque descuidáis los asuntos del Estado para entreteneros con el puro viento de las palabras en la boca.

Moraleja: ¿quién escucha pues los conceptos? Él, el retórico, más algunos otros filósofos y no muchos más que ese pequeño número. ¿Quién se apasiona por los relatos? Todo el mundo. Todo el mundo atiende en suspenso si Ceres pasará o no pasará el río, todo el mundo se hunde en el cuento cuyas ondas transportan la golondrina como al pez catádro y talasoteco. ¡Inmenso poder de la literatura! ¡Oh, la inmensa potencia del viento! ¡De lo espiritual!

Los griegos distinguían ya *mythos*, el relato, de *logos*, la razón. En su novedad, este *logos* no se traducía como lenguaje, viejo uso, sino por relación y proporción, los primerísimos conceptos verdaderamente operatorios. Acá tenemos las formas, allá los cuentos; las primeras duras, los otros candentes. Por medio de las primeras, frías, se deduce o se induce la ciencia, la inteligencia explicativa, la cognición; pero se insuflan conductas sociales, políticas, religiosas con los segundos, suaves y cálidos. *Naturalismo y analogismo desarrollan conceptos; totemismo y animismo desenvuelven relatos.*

Científico y político se diferencian en esto.

De paso, sucumbo a la tentación de considerar como totemista (a la manera de Descola) al Saint-Simon de las *Memorias*, tan dedicado a distinguir —en

los rituales de la Corte— la conducta de las familias dominantes de la de los dominados, príncipes de sangre y señores de menor linaje la inconsciente imitación de lo que hacen entre ellos, chimpancés, dingos o leones de mar; y por un animista de la misma harina a nuestro Marcel Proust cuando dice aprobar la religión celta cuyas creencias colocaban almas en cautiverio en animales, vegetales o en objetos inanimados; de una magdalena y de una taza de té súbitamente resucita el pueblo de su infancia, con sus calles y el campanario de su iglesia, más los habitantes del tiempo perdido; ya no puedo escuchar a ese narrador sin notar que describe siempre esas almas, emanadas de los efluvios, de los muros o de los nenúfares. De estas dos visiones, la literatura francesa saca colosalmente el beneficio incalculable de sus relatos más largos y más exquisitamente detallados. Degustándolos largamente, ¿quién se atreverá a decir que esas “ontologías” no producen nada valioso?

Y de nuevo, de paso, ved cómo la antropología se expresa cien veces más profunda sobre la literatura que una vana historia literaria.

Para cambiar la cara del mundo, la técnica ciertamente depende de los conceptos; pero usted y yo, historia y sociedad, infortunio y encanto, cambiamos cuerpo y alma por relatos y modelos de vida, por el pasaje de personajes: Ulises, don Quijote, Gavroche... Pericles, Espartaco, Lenin... los Seres del Sueño aborígen, Buda, Jesucristo, San Pablo, Mahoma... héroes ardientes de aventuras. La existencia muda por contarla; la vida de las gentes se transforma cuando, en la vida, la gente cuenta la vida de la gente; la sociedad cambia cuando ella canta su propia historia, falsa o verdadera, qué importa. *Un buen relato tiene viento en popa*. Arrastra a todos y a todas consigo. ¿Pero de dónde viene ese viento? Usted que sabe pensar, usted que crea conceptos ¿sabe usted contar una historia creando personajes? ¿Se atrevería, podría usted contar su propia vida, testimoniar la atmósfera que respira, transformarla en tornado? ¿Dónde encontrar *las atmósferas de la política*? En los suspiros emanados de sus bocas. Que ellas ardan, que ¡hagan brotar el ciclón! Ese fuego brilla, magnífico, pero abrasa, devora peligrosamente. Rígidos de conceptos, ebrios de razonamientos, armados de técnicas, confortables, pero vueltos duros y fríos, nos falta ese viento; apagamos aquel fuego.

De repente y, para terminar, yo quizás hubiera tenido el coraje de proponer a los pensadores de Venecia el bien y el fruto de su venta. Pues si *los conceptos excluyen los relatos* (de aquí su claridad, pero también su impotencia fría y su menosprecio del viento) *los relatos pueden contener los conceptos*; por ejemplo, *La Odisea* les enseñaba a los niños griegos, al mismo tiempo que las aventuras del reyzeulo de Ítaca, la geografía, el arte de la navegación, el régimen de ventas, el tejido, el derecho, los dioses y la política... Julio Verne y *La vuelta a*

Francia de dos niños jugaron el mismo papel en la escuela de nuestros padres. Ahora bien, disponemos en la actualidad de un Gran Relato, donde las ciencias por sí mismas cuentan los diversos tiempos y los avatares del universo, del planeta, de los vivientes y del hombre. *La construcción sólida de conceptos acaba de mezclarse con el cielo ventoso de los relatos*. Peor aún, y esto define nuestra era como la de una nueva ética, el infierno peligroso de los relatos —pues ellos desencadenan tantos crímenes, guerras y desgracias— acaba de mezclarse con los riesgos masivos inducidos por los conceptos y por las técnicas que ellos producen. Esta nueva trenza de conceptos y de relatos produce el tejido de las cuatro “ontologías”; henos pues hoy, naturalistas, analogistas, totemistas y animistas sin contradicción.

Nunca el viento se levantó tan lejos, jamás sopló tan ampliamente, en la vida se había multiplicado en tantas brisas fractales y fluctuantes, puesto que este relato puede decirse a tantos niveles como se lo quiera, a los niñitos a la hora de acostarlos o a los premios Nobel en artículos difíciles... unitario y múltiple a la vez.

El derecho anglosajón encuadrado, arriba y abajo, por el derecho romano

Aunque en *El Contrato Natural* tuve antaño la audacia de incursionar en la filosofía del derecho, tengo poca competencia en materia jurídica. Pero como mi vida se desenvuelve una mitad en un país anglosajón y la otra en Francia, sin embargo, he terminado por observar que las costumbres, los usos, las conductas, los pensamientos, pero sobre todo las políticas y también las filosofías (algo que precisamente está en cuestión acá) dimanan de cada lado del Atlántico de dos concepciones diferentes del derecho. De lengua latina y de inspiración romana, el primero trata de establecer principios y deducir rúbricas de ellos; tiene una tendencia a la unidad, lo universal, los conceptos, en breve: algo que hoy la opinión desprecia poderosamente, la abstracción. En cuanto al derecho anglosajón, más bien jurisprudencial, corre de caso en caso, solo le gustan los hechos singulares, múltiples, sacado de la experiencia pasada de los preceptos particulares para tratar el que se presenta, aquí y ahora. Los “continentales” aspiran a las declaraciones y a las constituciones; más procedimentales, los otros practican el empirismo casuístico.

Estas discusiones empujan, entrañan, dirigen del lado de la *common law*, y reaccionan fuertemente contra las síntesis prejuzgadas rápidas, y parecen más bien condenarlas. Por esto los dos ligeros malestares venecianos. El primero se expresa a través de la primera intervención, la de Sebastiano Maffetone, italiano y latino de cultura, visiblemente inspirado por el derecho romano y quien, de una, expresa conceptos políticos generales y abstractos. Inmedia-

tamente: qué coraje, dice Bruno Latour, presidente de la sesión, qué audacia hablar así, invocar alguna abstracción, ¡qué extraño armañac en medio de un bando de borgoñones!

En cuanto al último — ¿quién lo escribe?*** — brota de él una exclamación desde todo punto de vista galileana: *ieppure Venezia!* «¡sin embargo, Venecia!». Ante todas estas precauciones, hesitaciones, denegaciones, esos mil y un retrocesos y obstáculos de lengua, justificados en su mayor parte y concretados en situaciones inevitables, a pesar de esos casos y detalles materiales que muestran la incapacidad en la que estamos de reunirnos en torno a una mesa imposible de dibujar o de construir una casa común inaccesible, ¿recurrir a Venecia que se presenta aquí construida paradójicamente en el agua, en un tal alejamiento del equilibrio que su existencia y su duración tiene que ver con el milagro, bella por sus puentes y palacios, de obras maestras en sus museos, desde hace mucho tiempo composites, con su barrio judío, sus iglesias y sinagogas, su estilo en parte bizantino y musulmán, construida en un tiempo en que reinaban más dificultades aún que hoy con y contra el Islam o los cismáticos ortodoxos... ¿cómo puede ser (dice la conclusión) que ella permanezca aún de pie, formidablemente viva ante nuestras afirmaciones deconstructivas? Tendré incluso la audacia de repetir lo que el último texto grita, el profetismo en la boca: ¡Oh, hombres de poca fe!

¿Cómo ha hecho pues ella? ¿Para reunir antaño, hacer sentar juntos para negocios y poner de acuerdo a los criadores de carneros de las Baleares, los transportadores marítimos del Golfo del León y del Mediterráneo oriental, los hilanderos de lana de Narbona y de Granada, los cardadores de Sicilia, los tejedores de sábanas del Peloponeso, los clientes asiáticos de Constantinopla, los jefes de depósitos de los malecones del Lido, los banqueros del Centro-de-la-Ciudad, prestamistas y calculadores... todo ese pequeño y gran mundo heteróclito, que hablaba diez lenguas, practicando otras tantas religiones, con intereses tercamente opuestos, pero fabricando y vendiendo, a fin de cuentas, los vestidos que contribuían a tejer, cortar, confeccionar, intercambiar... ¿acaso no inventó esta Venecia, el formato equitativo, balanceado, cuasi algébrico, de la contabilidad? Esos pilotes de madera hundidos en el pantano blando de la laguna, estos dentellones de piedra, este dogo y su policía... ¿hace una tal abstracción posible la fortuna enorme de estos duros muros? Ella buscó, encontró *formatos*: el reloj para el tiempo, la perspectiva en la pintura, y los mapas de navegación marítima para el espacio, la balanza y las unidades de medida, los márgenes y las páginas de la imprenta, las notaciones y los

*** Bruno Latour & Pasquale Gagliardi. Op. Cit. "Epílogo". pp. 251-252. Se conserva la forma de citar del original en francés. Nota del editor.

pentagramas de la música, la ciencia y las Academias de Italia, el cambio de monedas, los tratados y el cheque... en fin, la contabilidad para los negocios. ¡Todo lo formal, nada más que lo abstracto! ¡Viva Roma!

Pero pienso de repente, unitario y múltiple a la vez, necesario en sus conceptos, contingente en sus bifurcaciones imprevisibles, el Gran Relato del que hablaba hace poco ¿no contenta diplomáticamente los dos derechos?

Otro invitado, el latín

Debo presentar mis excusas a los participantes de la reunión de Venecia por mis intervenciones intempestivas sobre su libro. Tengo el sentimiento de haberme indebidamente impuesto, como un parásito. De repente me siento casi libre de exagerar mis importunidades. Tengo ganas de arrastrar conmigo a otro no-invitado, un segundo representante de latinidad.

Al mismo tiempo que este libro magnífico, yo leía otra discusión asimismo bella que, precisamente, también olvida el derecho romano. La que Cándido Mendes tuvo recientemente con François L'Yvonnet. Ante el segundo, el primero describe la helenística alejandrina que según él América Latina reinventa para reconstituir, a lo largo del litoral Atlántico sur, un nuevo ecúmene mediterráneo. Pobre, silencioso, productor de bellas literaturas y músicas bellas, ¿no puede el mundo latino en la actualidad pasar por diplomático, entre celotas suicidas del islamismo y los herodianos cuya corrección política se adapta tan bien a los decires de las hiper potencias y que, por imitación, se fundan en sus usos, derecho y filosofías? Contrariamente a los terroristas y a los Estados Unidos, esta latinidad que me comprende como elemento, no tiene ya ninguna vocación para la dominancia, por tanto, no suscita ocasión de guerra. No insulta a nadie. Magnífico, así define Isabelle Stengers al diplomático en ese libro magnífico.

Nada de victoria luego de la derrota

Ya no busca ser la potencia política o militar, solo forma soldados para impedirle a los otros hacer la guerra, esta latinidad débil y sin concentración, esta Europa que incluso por fortuna no forma un Estado, que nunca les pedirá a sus ciudadanos que le entreguen la vida de sus hijos, pues sus antiguos Estados ya no se hacen la guerra. Hela acá en Venecia resumida, esta Europa, en la estatua del San Jorge, por encima de los participantes: santidad perdida, agricultura desvanecida, armadura privada de lanza y de espada, al desnudo... Sentid la atmósfera, el viento que sopla por encima de la bóveda y que han desarmado al héroe de una pugnacidad extrema antaño, pero hoy apaciguado; helo acá, bajo las brisas del espíritu, tan desprovisto de poder que venimos, a todo lo largo

de este libro, cantando, llorando, analizando, comentando, conceptualizando... su derrota, la nuestra.

Pero, de hecho, la mencionada partida ¿si la hemos perdido realmente? Con la condición de no mirar, drogados de fascinación, las imágenes que saturan nuestros espíritus, de no alejarnos de las grandes instituciones: políticas, mediáticas, universitarias, económicas, religiosas, financieras... tan repetitivas que se tornan integristas, tan viejas y duras que se parecen a las corazas de esas tortugas gigantes que abandonó la evolución, con la condición también de reírse de los pies de arcilla de los que creemos poderosos... podemos constatar lo contrario. Al ver el pululamiento silencioso de los proyectos humanitarios, el abundamiento de ciertas renovaciones místicas por fuera de los integristas que masacran, el empuje de los dones y de las generosidades, la brusca rebaja del número de las guerras al verse multiplicar las instituciones no gubernamentales, todas suaves... se podría incluso afirmar que nunca una atmósfera —tan difícil de reconocer que nadie se atreve a llamarla espiritual— ventéó tan vigorosamente y, por primera vez quizás, sin más apoyo temporal que patas de paloma.

Seguro que los portadores de tales mensajes no vendrán mañana a la misma mesa; ciertamente no hablan la misma lengua. Pero, de aquí en adelante, ¿tendremos necesidad de una mesa, de una *concentración* en tal lugar, en tal momento y en tales circunstancias, de intermediarios, de representantes, de mensajeros, de diplomáticos, de cuerpo presente? ¿No será suficiente con una siembra aquí y allá, distribuida un poco por todas partes, incluso liviana, hasta gratuita, apenas sensible como brisa... no serán suficientes siembras todas acimutales? No sigamos razonando como si viviésemos en el mismo espacio de nuestros predecesores que tenían necesidad de centro para medir el suyo, para estimarlo, referirlo, apropiárselo, dominarlo. Por esto la búsqueda de un punto fijo, de un lugar asignado, de una concentración, de una banca, de una mesa. De acá la necesidad de victoria. Vivimos de ahora en adelante en un espacio sin medida ni distancia, sin lugar de referencia, en un espacio no cartesiano, no métrico, sin referencia, topológico para decirlo, en una palabra.

De repente, creo oír en la multitud de voces y de vientos de hace un rato no solamente una crítica aguda a las instituciones mediáticas, políticas, financieras que hoy funcionan, sino el propio anuncio de que se va a desvanecer la duración. Van a vaporizarse. Lo duro busca la victoria deshaciendo a otro duro. Lo suave se mezcla con otro suave. Este blando no mata a aquel otro duro, sino que lo suaviza; esta pluralidad ligera de inspiraciones disuelve la unidad pesada de las potencias centralizadas. Lo espiritual puro apacigua lo temporal. Cuando no se busca la victoria, las ideas se expanden.

Este sopro ventea donde quiere, entre Isabelle y Bruno, entre Peter y Philippe, entre todos los participantes de Venecia, científicos y poetas, como en el invernadero de Pentecostés; también he dicho que ventea también entre los humanitarios y las ONG, entre las mujeres que gritan por su igualdad, entre los miserables numerosos como la arena que invaden, irresistibles, los sitios que se han vuelto desérticos por la infertilidad de los ricos. Fracasó incluso el brazo de San Jorge, apaciguado por ese golpe suave. ¿Cómo ventean pues las atmósferas de la política? En granos; en ráfagas ligeras, en pequeños soplos de brisa; en lenguas de fuego... Nunca en tornados, jamás en ciclón, ni en seísmo ni en fuego, sino en olitas, en onditas. Si alguna vez esos granos se unificaran, adquirirían la potencia temporal y perderían el espíritu. Venteando fractal, disperso, lo espiritual siembra los individuos. Es por esto por lo que lo siento venir de todas partes.

Siento que llega una nueva política de los doce de Venecia.